

El apretón de mano se traduce de esta manera :

— Somos amigos.

La mirada significativa : — Si alguna vez teneis necesidad de mí, contad con mi vida.

Maillard volvió á recobrar sobre todas aquellas mugeres una influencia tanto mas grande, cuanto que ellas comprendieron que tenia que perdonarlas algunas ligeras ofensas.

Pero Maillard es un antiguo marinero muy popular, y conoce ese mar de los arrabales que se embravece con un soplo y que se calma con una sola palabra.

Maillard sabe cómo se debe hablar ante aquellas oleadas humanas cuando dan tiempo para hablar.

Ademas, la ocasion era oportuna para hacerse escuchar, pues todas callaban en derredor suyo.

Maillard no quiere que los parisienses destruyan el Hotel de Ville, es decir, el ayuntamiento, el único poder que los protegía; no quiere que anulen el estado civil, que prueba que no todos sus hijos son bastardos.

Las palabras de Maillard producen su efecto.

Nadie será quemado ni ahogado.

Pero en seguida quieren ir á Versalles.

Allí es donde está el mal : allí es donde se pasan las noches en medio de orgías mientras que París muere de hambre.

En Versalles es donde se consume todo.

París se halla exhausto de trigo y de harinas, porque estas harinas, en lugar de detenerse en París, van directamente de Corbeil á Versalles.

No sucedería esto si *el panadero, la panadera y el pequeño mozo de pala* se hallasen en París.

Con estos apodos se designaba al rey, á la reina y al del fin, repartidores naturales del pan del pueblo.

Por fin, queda resuelto que irán á Versalles.

Puesto que las mugeres se hallan organizadas como tropas, puesto que tienen fusiles, cañones, pólvora, y que las que no tienen fusiles ni pólvora tienen picas y hoces, es preciso que elijan un general.

— ¿Y por qué no? la guardia nacional lo tiene.

— Lafayette es el general de los hombres.

— Maillard será el general de las mugeres.

— Mr. de Lafayette capitanea á esos holgazanes granaderos que parecen un ejército de reserva, puesto que hacen tan poco cuando tanto hay que hacer.

Maillard será el jefe de un ejército activo.

Sin sonreír y sin pestañear siquiera, Maillard acepta el mando que le ofrecen.

Maillard es general en jefe de las mugeres de París.

La campaña no será larga, peso sí decisiva.

## CAPITULO XLVIII

El general Maillard.

El ejército que se encontraba á las órdenes de Maillard era un gran ejército.

Tenia cañones; verdad es que estos cañones estaban sin cureñas; pero á falta de cureñas, los habian colocado sobre carretas.

Contaba con fusiles, muchos de ellos sin llaves, pero todos con bayonetas.

Tenia una infinidad de armas : incómodas muchas de ellas, es cierto, pero que al fin eran armas.

Llevaba pólvora en los pañuelos, en las cofias, en los bolsillos, y en medio de este ejército se paseaban algunos de sus individuos con mechas encendidas.

Si todo aquel ejército no voló á consecuencia de alguna esplosion, fué por milagro.

Maillard, de una sola ojeada calculó las disposiciones en que se hallaba su ejército. Comprendió todo el partido que podia sacar de él y lo que habia que temer; y vió que no pudiendo contenerle dentro de París era preciso llevarlo á Versalles é impedir allí el daño que podia causar.

Obligacion penosa, difícil, heroica, pero que Maillard cumplirá con exactitud.

Así es que Maillard bajó á la plaza y tomó el tambor de manos de la muchacha.

La jóven agobiada por el hambre, no tenia ya fuerza para sostenerlo, y así que lo dejó, cayó al suelo sobre el escalon de un portal.

Lúgubre almohada... pues era la almohada del hambre.

Maillard la pregunta su nombre, y la muchacha dice llamarse Magdalena Chambry. Ocupábase en labrar tallado en madera para las iglesias. Pero, ¿quién se habia de ocupar entónces de dotar á las iglesias de esos hermosos tallados y bajos relieves, obras maestras del siglo XV?

Hallándose exhausta de recursos, la muchacha se habia visto obligada á ser ramilletera del Palais-Royal.

¿Pero quién piensa en comprar flores cuando falta dinero para comprar pan?

Las flores, esas estrellas que brillan en el cielo de la paz y de la abundancia; las flores se ajan al soplo de las tempestades y de las revoluciones.

No pudiendo esculpir sus frutos de madera, ni vender sus rosas, sus jazmines y sus azucenas, Magdalena Chambry cogió un tambor é hizo resonar aquella terrible llamada del hambre.

Magdalena tiene que ir á Versailles, pero como se halla muy débil para ir á pie, la llevarán en una carreta.

Así que llegue á Versailles, se pedirá que la permitan entrar en el palacio con otras doce mugeres, y será el orador hambriento que deberá defender en presencia del rey la causa del hambre.

Todas estas disposiciones de Maillard se reciben con entusiasmo.

Y de esta manera Maillard con unas pocas palabras cambió las hostiles disposiciones de aquella multitud.

Todos ignoraban la causa que les conducia á Versailles y lo que debian hacer allí.

Ahora ya es otra cosa, se sabe que van á Versailles para que una diputacion compuesta de doce mugeres, á cuya cabeza está Magdalena, se presente á suplicar al rey, *en nombre del hambre*, que tenga compasion de su pueblo.

Pónense en marcha unas siete mil mugeres; pero al llegar á las Tullerías se oyen gritos espantosos.

Maillard se subió sobre un guardacanton para domina su ejército.

— ¿Qué quereis? preguntó.

— Queremos cruzar por medio de las Tullerías.

— No es posible.

— ¿Y por qué no? preguntan siete mil bocas.

— Porque las Tullerías es un edificio del rey y es el jardin del rey; porque entrar por medio de ellas sin su permiso es ultrajarle y aun mas que insultarle es atentar contra la libertad individual.

— Pues bien, pediremos permiso al conserge.

Maillard se acercó al portero y con el sombrero en la mano:

— Amigo mio, le dijo, ¿quereis dar vuestro permiso para que estas señoras pasen por las Tullerías? Pasarán por las galerías y no se hará ningun daño á las plantas.

Por única respuesta, el portero sacó su espada y se arrojó sobre Maillard.

Maillard sacó la suya, que era un pie mas corta, y la cruzó con el portero.

Entretanto una muger se acercó á este último, y dándole un fuerte golpe en la cabeza con el mango de una escoba, le tendió á los pies de Maillard. Al mismo tiempo otra muger se prepara á atravesarle el pecho con una bayoneta.

Maillard envaina su espada, toma la del conserge debajo de un brazo, el fusil de la muger debajo del otro, recoge su sombrero que se le habia caido durante la lucha, le vuelve á poner sobre su cabeza, y continúa su camino á través de las Tullerías, donde, en cumplimiento de su promesa, no hizo daño ninguno su ejército.

Dejémosle continuar su camino y dirigirse á Sevres en donde se dividen en dos cuerpos, y veamos qué sucede en París.

Aquellas siete mil mugeres no habian entrado en el Hotel de Ville, amenazado la vida de los electores y

ahorcado á medias al cura Lefevre, sin producir cierta conmocion.

Al ruido que hicieron, ruido que habia encontrado eco en los barrios mas lejanos, Lafayette acudió al punto de donde partia.

Hallábase pasando una especie de revista en el campo de Marte, y á caballo desde las ocho de la mañana.

Cuando llegó á la plaza del Hotel de Ville, eran las doce.

Las caricaturas de aquella época representaban á Lafayette bajo la forma de un centauro. El cuerpo de este centauro era el famoso caballo blanco que se habia hecho proverbial.

La cabeza era la del comandante de la guardia nacional.

Desde el principio de la revolucion, Lafayette hablaba á caballo, comia á caballo, mandaba á caballo.

Y muchas veces le sucedia que dormia á caballo.

Así es que cuando por casualidad podía dormir en su cama, lo hacia á las mil maravillas.

Cuando Lafayette llegó al muelle Pelletier, fué detenido por un hombre que caminaba á todo galope sobre un magnífico caballo.

Este hombre era Gilberto, que se encaminaba á Versailles. Iba á prevenir al rey de lo que tenia que suceder.

Y en dos palabras, refirió el suceso á Lafayette.

Despues cada uno prosiguió su camino.

Lafayette hácia el Hotel de Ville.

Gilberto en direccion á Versailles. Solamente que como el ejército temenino seguia la orilla derecha del Sena, él tomó la izquierda.

La plaza del Hotel de Ville, desocupada por las mugeres, se habia llenado de hombres.

Estos hombres eran los guardias nacionales, antiguos guardias franceses, que habiendo pasado á las filas del pueblo, habian perdido sus privilegios de guardias del rey, privilegios que habian pasado en herencia á los guardias de corps y los suizos.

Al ruido producido por las mugeres habia sucedido el clamor de los clarines y de la generala.

Lafayette cruzó por medio de aquella multitud, se apeó al pie de las gradas, y sin inquietarse por los aplausos mezclados de amenazas que escitaba su presencia, se puso á dictar una carta para el rey, sobre la insurrección que habia tenido lugar en aquella mañana.

Hallábase ya en el sexto renglon de la carta, cuando se abrió la puerta del despacho con estrépito.

Lafayette levantó los ojos.

Una diputacion de granaderos pedia ser admitida á presencia del general.

Lafayette hizo una señal de asentimiento, y entró la diputacion.

El granadero encargado de hablar en nombre de los demas, se adelantó hasta la mesa.

— Mi general, dijo con voz firme; nosotros venimos diputados por diez compañías de granaderos; no os tenemos por un traidor, pero si creemos que el gobierno nos hace traicion.

Ya es hora de que todo esto termine; nosotros no podemos dirigir nuestras bayonetas contra las mugeres que nos piden pan. El comité de provisiones malversa sus fondos ó no los sabe manejar, y en uno y otro caso se hace indispensable el que se varie.

El pueblo es desgraciado y el origen del mal está en Versailles. Es preciso ir á buscar al rey y traerle á Paris. Es preciso esterminar el regimiento de Flandes y los guardias de corps que se han atrevido á hollar bajo sus pies la escarapela nacional.

Si el rey es demasiado débil para llevar en su frente la corona, que la deje. Nosotros coronaremos á su hijo. Se nombrará un consejo de regencia y todo marchará bien.

Lafayette contempló largo rato al orador lleno de asombro. Hallábase acostumbrado á ver motines, habia deplo- rado los asesinatos; pero aquella vez era realmente la primera en que el hábito revolucionario llegaba hasta su rostro.

La posibilidad en que veia el pueblo de pasarse sin rey, admiraba, y mas que le admiraba, le confundia.

— ¡ Pues qué ! exclamó, ¿ tenéis por ventura el proyecto de hacer la guerra al rey, obligándole á que nos abandone ?

— Mi general, contestó el orador; nosotros amamos y respetamos al rey; sentiríamos en el alma que nos abandonase; pero en último resultado, si él nos falta nos queda el delfín.

— ¡ Señores, señores, dijo Lafayette, cuidado con lo que haceis ! atentais á la corona y mi deber es defenderla.

— Mi general, repuso el guardia nacional inclinándose; nosotros verteríamos por vos hasta la última gota de sangre. Pero el pueblo es desgraciado, el origen de su desgracia está en Versalles, y es preciso ir á buscar allí al rey y traerle á París; el pueblo lo quiere.

Lafayette comprendió que llegaba la ocasion de ofrecerse en holocausto. Esta era una necesidad ante la cual nunca pensó en retroceder.

Baja á la plaza y pretende arengar al pueblo; pero los gritos de ¡ á Versalles ! ¡ á Versalles ! ahogan su voz.

En aquel momento se oye un terrible rumor hácia la calle de la Vannerie.

Este rumor era producido por la presencia de Bailly que se dirigía al Hotel de Ville.

¡ Pan ! ¡ pan ! ¡ á Versalles ! gritaban por todas partes.

Lafayette á pie, perdido entre aquella multitud, conoce que aquel mar alborotado crece de momento en momento y que concluirá por ahogarle.

Cruza por medio del gentío para llegar hasta su caballo, con un ardor semejante al de un náufrago que corta las olas para llegar á una roca.

Por fin consigue montar á caballo y se dirige al Hotel de Ville otra vez; pero el camino está completamente obstruido por una muralla humana.

— Mi general, gritan por todas partes, no os separeis de nosotros,

Y al mismo tiempo se redoblaron los gritos de, ¡ á Versalles !

Lafayette vacila sobre lo que debe hacer. Tal vez yendo

á Versalles podrá ser útil al rey; ¿ pero podrá contener á aquella multitud que le arrastra á la régia morada ?

¿ Podrá dominar aquel encrespado océano contra el cual él mismo se verá tal vez obligado á luchar para salvar su vida ?

De repente un hombre baja las gradas del Hotel de Ville, cruza por medio de la multitud, con una carta en la mano, y trabaja con tan buen éxito que llega por fin hasta Lafayette.

Este hombre no es otro que el infatigable Billot.

— Tomad, mi general, dice Billot; tomad esta carta procedente de los Trescientos.

Así es como llamaban á los electores.

Lafayette rompió el sello, y procuró leer la carta en silencio, pero mas de cien mil voces gritaron á un mismo tiempo :

— ¡ La carta ! ¡ la carta !

Preciso le fué á Lafayette leer la carta en alta voz.

Hizo una señal para que guardasen silencio, y en el mismo instante y como por encanto el mas profundo silencio sucedió al mas estrepitoso tumulto, y sin que se dejase de percibir una sola palabra, Lafayette leyó la carta siguiente :

« Atendidas las circunstancias y los deseos del pueblo, y con arreglo á la *representacion* del comandante general de que es imposible negarse á ellos, se autoriza al comandante general y aun se le manda que marche á Versalles

» Le acompañarán cuatro comisarios del ayuntamiento. »

El pobre Lafayette no habia *representado nada* á los electores, á quienes no desagradaba el dejarle una parte de la responsabilidad de los sucesos que debieran pasar.

Pero el pueblo creyó que efectivamente habia Lafayette hecho una *representacion*; y el pueblo, á quien halagaba esta representacion de su comandante general, gritó tumultuosamente :

— ¡ Viva Lafayette !

Entonces Lafayette, palideciendo, repitió á su vez :

— ¡ A Versalles !

Quince mil hombres se colocaron tras él con un entusiasmo mas silencioso, pero mas terrible que el de las mugeres que habian salido de vanguardia.

Toda aquella gente debia reunirse en Versalles para pedir al rey las migajas de pan caidas de la mesa de los guardias de corps durante la orgía del 1.º al 2.º de octubre.

### CAPITULO XLIX

Mas sobre el mismo asunto.

En Versalles, como acontecia siempre, se ignoraba completamente lo que pasaba en París.

Despues de las escenas que hemos referido, y de que la reina se habia dado el parabien públicamente, esta se hallaba tranquila.

Contaba con un ejército; habia pasado revista á sus enemigos y deseaba la lucha.

Tenia que vengar la derrota del catoree de julio. Tenia que hacer olvidar y olvidar ella misma el viage del rey á París.

¡ Pobre muger ! ¡ no esperaba seguramente el viage que iba ella misma á verse obligada á hacer !

Desde su incomodidad con Charny no le habia vuelto á hablar, y afectaba tratar á Andrea con la antigua intimidad rota por un momento.

En cuanto á Charny, ni aun se dignaba mirarlo las veces que se veia obligada á dirigirle la palabra para los actos del servicio.

Y sin embargo no dependia esto de que la familia hubiese caido en desgracia para con la reina, pues la misma mañana del dia en que los parisienses debian llegar á Versalles, se vió á la reina hablar afectuosamente con Jorge de Charny, el segundo de los tres hermanos, y el mismo que en contra de la voluntad de Oliverio habia dado á la reina tan belicosos consejos, cuando llegó la noticia de la toma de la Bastilla.

En efecto, á eso de las nueve de la mañana, el jóven ofi-

cial cruzaba la galeria para anunciar al montero que el rey iba á salir de caza, cuando María Antonieta, que salia de oír misa de la capilla, le llamó.

— ¿ A donde vais tan de prisa ? le dijo : ¿ por qué correis de ese modo ?

— No he corrido, señora, desde el momento que divisé á V. M. ; y al contrario, me habia detenido y esperaba humildemente el honor que me dispensa dirigiéndome la palabra.

— Eso no impide que me digais á dónde os encaminábais.

— Señora, estoy de escolta ; S. M. sale de caza y voy á tomar órdenes del montero para el sitio.

— ¡ Ah ! ¡ el rey caza hoy tambien ! dijo la reina mirando al cielo cargado de negras y espesas nubes, que venian por el lado de París ; hace mal. Se me figura que el tiempo amenaza una tempestad ; ¿ no es cierto, Andrea ?

— Sí, señora, respondió distraidamente la jóven.

— ¿ No sois vos de mi opinion ? caballero oficial.

— Enteramente, señora ; pero el rey lo manda.

— Cúmplase, pues, la voluntad del rey en los bosques y en los caminos, repuso la reina con esa alegría que la era natural, y que ni los dolores del corazon, ni los sucesos políticos habian logrado hacerla perder.

En seguida, volviéndose hácia Andrea :

— Me alegro al ménos de que se entretenga ; la dijo en voz baja.

Y despues dirigiéndose á Jorge :

— ¿ Y podreis decirme, preguntó, de qué lado cazará el rey ?

— En los bosques de Meudon, señora.

— Vaya, pues, acompañadle y velad por él.

En aquel momento entró el conde de Charny. Dirigió una afable sonrisa á Andrea, y meneando la cabeza se atrevió á decir á la reina :

— Esa es una recomendacion de que mi hermano se acordará, señora, no en medio de los placeres del rey, sino en medio de sus peligros.

Al sonido de aquella voz que acababa de herir sus oídos sin que su vista divisara al que le producía, María Antonieta se estremeció y volviéndose:

— Cosa es esa que me hubiera admirado mucho, dijo con despego y con un áspero desden, si no viniera de parte del conde Oliverio de Charny.

— ¿Y por qué, señora? preguntó respetuosamente el conde.

— Porque eso es una profecía de desgracia.

Andrea palideció viendo palidecer al conde.

Este se inclinó sin contestar.

Andrea lanzó una mirada á Charny en que se pintaba la admiración de verle tan sufrido.

— Es realmente una verdadera desgracia, repuso éste, no saber *ya* como se ha de hablar á la reina sin ofenderla.

Este *ya* se hallaba acentuado como acentúa un hábil actor en escena las palabras á que quiere dar un especial significado.

La reina tenía un oído demasiado ejercitado para no coger al vuelo la intención de Charny.

— Ya, dijo; ¿que significa ese *ya*?

— Según veo, he hablado también indiscretamente, contestó Charny.

Y diciendo esto cambió con Andrea una mirada que sorprendió también la reina.

Esta palideció á su vez y contrajo sus mandíbulas llena de rabia.

— La palabra es mala, cuando la intención es mala.

— Y el oído es hostil, cuando es hostil el pensamiento.

Después de esta respuesta, que tenía más de justa que de respetuosa, el conde calló.

— Esperaré para contestar, dijo la reina, á que Mr. de Charny sea más feliz en sus ataques.

— Y yo, repuso Charny, aguardaré para atacar, á que la reina sea más dichosa en la elección de sus servidores que lo es en estos momentos.

Andrea cogió de la mano á su esposo y se dispuso á salir con él.

Pero una mirada de la reina la contuvo; la reina había visto aquel movimiento.

— Pero en fin, ¿qué es lo que tenía que decirme vuestro marido? preguntó la reina.

— Quería decir á V. M., que enviado ayer á París por el rey, ha encontrado al pueblo en una estraña fermentación.

— ¡Todavía! ¿y con qué motivo? Los parisienses han tomado la Bastilla, y parece que están ocupándose en demolerla. ¿Qué más quieren? respondió, caballero Charny.

— Es cierto, contestó el conde; pero como los parisienses no pueden comer piedras, dicen que tienen hambre.

— Que tienen hambre ¡exclamó la reina. ¿Y qué quieren que hagamos para evitarlo?

— Hubo un tiempo, señora, dijo Charny, en que la reina era la primera en compartir los dolores públicos y en aliviarlos. Hubo un tiempo en que subía hasta las bohardillas de los pobres, y en que las oraciones de los pobres subían desde las bohardillas al cielo.

— Sí, respondió amargamente la reina; y he sido bien recompensada por esa piedad ¿no es cierto? Una de mis mayores desgracias la debo á haber subido á una bohardilla.

— Porque V. M. se equivocó entonces; porque deramó sus beneficios sobre una criatura miserable, ¿se cree autorizada á colocar á toda la humanidad al nivel de una infame? ¡Ah, señora; cuán querida érais en aquella época!

La reina lanzó á Charny una mirada iracunda,

— Pero en fin dijo; ¿que es lo que pasaba ayer en París? No me digáis más de lo que hayáis visto, pues quiero estar segura de la verdad de vuestras palabras.

— ¡Lo que yo he visto, señora! He visto á una gran parte de la población amontonada en los muelles, esperando inútilmente la llegada de las harinas. He visto á otra parte, agrupada á las puertas de las panaderías esperando inútilmente el pan. ¡Lo que he visto! Lo que he visto es un pueblo hambriento; maridos que miraban tristemente á sus mugeres; madres que contemplaban tristemente á

sus hijos. ¡Lo que he visto! puños crispados y amenazadores en direccion á Versalles. ¡ Ah! Señora, señora, esos peligros de que os he hablado, esa ocasion de morir por V. M., felicidad que mi hermano y yo deseamos los primeros, no tardará mucho en ofrecérsenos.

La reina volvió la espalda á Charny con un ademán evidente de impaciencia, y fué á apoyar su abrasada frente contra los cristales de una ventana que daba vista al patio de mármol.

Apenas ejecutó este movimiento se la vió estremecerse.

— Andrea, dijo, venid á ver un correo que llega; parece que debe traer noticias muy urgentes.

Andrea se acercó á la ventana, pero en el mismo momento, retrocedió palideciendo.

— ¡ Ah! señora! exclamo en tono de amarga reconvenccion.

Charny se aproximó á su vez, no habiendo perdido ningun detalle de aquella escena.

— Ese caballero que llega, dijo mirando alternativamente á la reina y á Andrea, es el doctor Gilberto.

— ¡ Ah! es cierto, exclamó la reina con un tono en que la fué imposible á Andrea conocer si aquello habia sido una venganza femenil ó una equivocacion.

Un silencio glacial reinó entre los tres interlocutores, durante cuyo tiempo siguió una conversacion de miradas.

El que acababa de llegar era efectivamente Gilberto, que traía funestas noticias.

Con todo, aunque se apró precipitadamente del caballo, aunque subió rápidamente la escalera, aunque las tres cabezas inquietas de la reina, de Andrea y de Charny, se volvieron hácia la puerta que daba á la escalera y por la que el doctor parecia que iba á penetrar. esta puerta permaneció cerrada.

Entónces reinó en aquellas tres personas una cruel ansiedad,

De repente, y por la parte opuesta se abrió la puerta, y adelantándose un oficial.

— Señora, dijo; el doctor Gilberto, que venia á ha-

blar al rey de asuntos de la mayor importancia, pide el honor de ser recibido por V. M., pues hace ya una hora que el rey ha salido para Meudon.

— Que entre, exclamó la reina fijando en la puerta una mirada firme, en tanto que Andrea, como si debiese hallar un apoyo en su esposo, retrocedió apoyándose en el brazo del conde.

Gilberto apareció en el umbral de la puerta.

## CAPITULO L

La tarde del 3 de octubre.

Gilberto dirigió una mirada sobre los personajes que acabamos de presentar en escena, y adelantándose respetuosamente hácia María Antonieta.

— ¿ Me permitirá la reina, dijo, en ausencia de su augusto esposo, que la refiera las noticias de que soy portador?

— Hablad, caballero, dijo la reina. Al veros venir con tal precipitacion, he llamado en mi auxilio toda mi energia, pues no dudo que me traeis malas noticias.

— ¿ Hubiera preferido la reina que la hubiera dejado sorprender por ventura? Con ese claro talento, con esa fuerza de raciocinio que la caracterizan, la reina podrá hacer frente y adelantarse al peligro, y tal vez el peligro retrocederá ante la reina.

— Veamos ese peligro, caballero.

— Señora, siete ú ocho mil mugeres han salido de Paris y se acercán armadas á Versalles.

— ¡ Siete ú ocho mil mugeres! exclamó la reina con desprecio.

— Sí; pero se detendrán en el camino, y cuando lleguen aquí serán quince ó veinte mil.

— ¿ Y qué vienen á hacer?

— Tienen hambre, señora, y vienen á pedir pan al rey.

La reina se volvió hácia Charny.

— ¡ Ah ! señora, ha sucedido lo que yo habia previsto, dijo el conde.

— ¿ Y qué debemos hacer ? preguntó María Antonieta.

— En primer lugar, avisar al rey.

— ¡ Al rey ! eso no ; ¿ para que esponerle á una desgracia ?

Este grito que se escapó del corazón de María Antonieta, ponía de manifiesto el valor de la reina y la confianza que en sí misma tenia, al mismo tiempo que revelaba la convicción de la debilidad de su marido, debilidad que queria ocultar á los estraños.

¿ Pero Charny era por ventura un estraño ? ¿ Gilberto lo era ?

No ; ambos hombres eran elegidos por la Providencia, el uno para defensa de la reina y el otro para salvaguardia del rey.

Charny contestó al mismo tiempo á la reina y á Gilberto ; recobraba todo su imperio pues habia hecho el sacrificio de su orgullo.

— Señora, dijo, Mr. Gilberto no carece de razon ; es preciso prevenir al rey... el rey tiene aun el amor de su pueblo ; el rey se presentará á las mugeres, las arengará, y las desarmará.

— ¿ Pero quién se encarga de avisar al rey ? el camino está ya cortado y seguramente será una empresa peligrosa.

— ¿ El rey está en los bosques de Meudon ?

— Sí ; y si como es probable, los caminos...

— Díguese V. M. ver tan solo en mí un soldado. Un soldado está destinado á sacrificarse.

Y pronunciando estas palabras salió sin esperar la respuesta, sin oír un suspiro, bajó precipitadamente la escalera, saltó sobre un caballo y corrió hácia Meudon acompañado de dos guardias.

Apenas hubo desaparecido, respondiendo con un ademán al adios que Andrea le enviaba por la ventana, cuando un ruido lejano que se asemejaba al rugido de las olas en un dia de tempestad, hirió los oídos de la reina.

Este ruido parecia alzarse de entre los árboles mas lejanos del camino de París.

Bien pronto el horizonte se puso amenazador á la vista, como lo era á los oídos ; una lluvia blanca y menuda empezó á hendir el nebuloso espacio.

Y sin embargo, á pesar de las amenazas del cielo, Versalles se iba llenando de gente.

Sucedíanse unos á otros los emisarios en el palacio, y cada emisario daba cuenta de una columna que se dirigia desde París á Versalles,

Los soldados, inquietos, y mirándose unos á otros, tomaban tristemente sus armas. Semejantes á las personas embriagadas, que procuran despejar su cerebro de los vapores del vino, los oficiales, desmoralizados por la visible turbacion de sus soldados y los murmullos de la multitud, respiraban fatigosamente aquella atmósfera sobrecargada con las desgracias que iban naturalmente á imputárseles.

Por su parte, los guardias de corps, que eran en número de unos trescientos hombres, montaban silenciosamente á caballo, y con ese aspecto de indecision que se pinta en el militar cuando tienen que habérselas con enemigos á quienes no saben de qué manera atacar.

¿ Qué hacer contra aquellas mugeres que habian salido armadas y amenazadoras, pero que llegan sin armas y pudiendo apenas levantar los brazos de cansancio y de hambre ?

No obstante, los guardias se sitúan en sus filas desenvainando sus sables, y esperan.

Por fin aparecen las mugeres por dos diferentes puntos : en la mitad del camino se habian separado, tomando unas por el camino de Saint Cloud y otras por el de Sevres.

Antes de separarse se repartieron entre ellas ocho panes, que era todo lo que pudieron hallar en Sevres.

¡ Treinta y dos libras de pan para siete mil personas !

Al llegar á Versalles apenas podian tenerse en pie ; casi todas ellas habian arrojado sus armas en el camino, y de las pocas que quedaron con ellas, Maillard pudo conseguir que las dejarán en las primeras casas de la ciudad.

Al entrar en ella les dijo Maillard ;

— Ahora, para que no se pueda poner en duda que

somos amigos de la monarquía, cantemos: *Viva Enrique IV.*

Y con una voz desfallecida que apenas tenía la fuerza suficiente para pedir pan, entonaron el cántico real.

Así es que fué grande el asombro de los habitantes de Versalles al escuchar cánticos en vez de amenazas, y sobre todo cuando vieron á las moribundas cantantes asomar sus rostros desencajados y lívidos, cubiertos de polvo y de sudor, que se triplicaban confundiéndose con las crispadas manos que se apoyaban convulsas contra las doradas cancelas.

Después, de vez en cuando, del centro de aquellos grupos fantásticos, se escapaban lúgubres aullidos; de entre aquellas agonizantes figuras salían relámpagos.

Además, de tiempo en tiempo aquellas manos se separaban de las barras que las servían de apoyo, y pasaban por entre ellas dirigiéndose á palacio.

Unas, abiertas y trémulas, pedían.

Otras, crispadas y contraídas, amenazaban.

El cuadro no podía ser mas siniestro.

La lluvia y el lodo ocupaban el cielo y la tierra.

El hambre y la amenaza imperaban en los sitiadores.

La compasión y la duda sobrecogían á los sitiados.

En tanto que llegaba Luis XVI, la reina, con su febril energía dispuso la defensa, y poco á poco los cortesanos, los oficiales y los altos dignatarios se agrupaban á su alrededor.

En medio de ellos veíase á Mr. de Saint Priest, ministro de París.

— Id á ver lo que quiere esa gente, caballero, le dijo la reina.

Mr. de Saint Priest baja, atraviesa el patio, y se dirige á la verja.

— ¿Qué queréis? preguntó á las mugeres.

— ¡Pan! ¡pan! ¡pan! contestaron mil voces á un mismo tiempo.

— ¡Pan! repitió el ministro con impaciencia; cuando solo teníais un amo no carecíais de pan; ahora que te-

neis doscientos, ya veis á que extremo os han reducido.

Y Mr. de Saint Priest se retiró en medio de los gritos de aquellas bocas hambrientas mandando que no abriesen la verja,

Pero entónces se adelanta una diputacion, y se hace preciso abrirla.

Maillard se habia presentado á la Asamblea en nombre de las mugeres y obtuvo permiso para que una diputacion de doce mugeres hiciera una representacion al rey.

En el mismo momento en que la diputacion salia de la Asamblea con Monnier á su cabeza, el rey entraba á todo galope en Versalles por una puerta escusada.

Charny se le habia reunido en los bosques de Meudon.

— ¡Ah! ¿vos aquí? caballero Charny, le preguntó el rey; ¿me buscábais por ventura?

— Sí, señor.

— ¿Pues qué sucede? Parece que habeis venido muy de prisa.

— Señor, diez mil mugeres están en este momento en Versalles, pidiendo pan.

El rey se encogió de hombros mas bien por un sentimiento de compasión que de desprecio.

— ¡Ay! exclamó; si yo tuviera pan, no aguardaría á que vinieran á pedírmelo á Versalles.

Y sin hacer ninguna otra observacion, y dirigiendo una dolorosa mirada hácia el sitio por donde se alejaba la caza, que se veía precisado á interrumpir,

— Vamos á Versalles, dijo.

Y se encaminó á Versalles.

Acababa de llegar, como hemos indicado, cuando resonaron grandes gritos en la plaza de Armas.

— ¿Qué es eso? preguntó el rey.

— Señor, exclamó Gilberto entrando, pálido como la muerte; son vuestros guardias, que conducidos por Mr. Jorge de Charny acometen al presidente de la Asamblea nacional y á la diputacion, que vienen hácia nosotros.

— Eso no puede ser; exclamó el rey.

— Escuchad los gritos de las víctimas. Mirad á todo el mundo huir despavorido.

— Que se abran las puertas y que entre la diputacion.

— ¡Pero señor! exclamó la reina.

— Que abran las puertas, dijo Luis XVI. Los palacios de los reyes son un lugar de asilo.

— ¡Ay! murmuró la reina; excepto para los reyes.

Charny y Gilberto se precipitaron hácia la puerta.

— ¡En nombre del rey! gritó el uno.

— ¡En nombre de la reina! exclamó el otro.

Y uno y otro,

— Abrid las puertas.

Pero esta orden no fue ejecutada con tanta precipitacion que pudiese impedir que el presidente de la Asamblea nacional fuese derribado en tierra y pisoteado.

A su lado, dos de las mugeres de la diputacion, fueron heridas.

Gilberto y Charny se precipitan hácia aquel punto.

Aquellos dos hombres, llegado el uno desde la mas elevada categoría social y el otro salido de la mas ínfima, se hallan en un mismo medio.

El uno pretende salvar á la reina solo por amor á la reina, y el otro pretende salvar al rey, solo por amor á la monarquía.

Abierta la verja, las mugeres se precipitan en el patio, arrójanse en medio de las filas de los guardias y de los soldados de Flandes, y amenazan, ruegan y acarician.

¿Qué medios hay para resistir á mugeres que piden á los hombres en nombre de sus madres y de sus hermanas?

— Paso, señores, dejad paso á la diputacion; gritó Gilberto.

Y las filas se abren para dejar pasar á Monnier y á las desgraciadas mugeres que éste va á llevar á presencia del rey.

El rey, avisado por Charny, espera á la diputacion en una habitacion próxima á la capilla de palacio.

Monnier es el encargado de hablar en nombre de la Asamblea.

Luisa Chambry, la ramilletera que tocaba el tambor, es la que deberá hablar en nombre de las mugeres.

Monnier dirige algunas palabras al rey y le presenta la ramilletera.

Esta se adelantó, quiso hablar, y solo pudo pronunciar estas palabras.

— ¡Pan! señor,

Y cayó desmayada.

— ¡Socorro! gritó el rey.

Andrea se adelantó y presentó un frasquito al rey.

— ¡Ah, señora! exclamó Charny dirigiéndose á la reina y en tono de reconvencion.

La reina palideció y se retiró á su cuarto.

— Preparad todo lo necesario, dijo; el rey y yo marchamos á Rambouillet.

Entretanto la pobre muchacha desmayada volvió en sí y viéndose en brazos del rey que la hacia respirar algunas esencias, exhaló un grito de vergüenza y quiso besarle la mano.

Pero el rey la detuvo.

— Hermosa niña, la dijo; dejadme que os dé un abrazo, pues bien merecéis la pena de que se os dé.

— ¡Oh! ¡señor, puesto que sois tan bueno, dijo la jóven, dad la orden!

— ¿Qué orden? preguntó el rey.

— La de que vengan los trigos para que el hambre no continúe.

— Hija mia, dijo el rey, yo firmaré la orden que me pedis, pero me temo que os sirva de bien poca cosa.

El rey se sentó delante de una mesa, y se puso á escribir, cuando de pronto se oyó de lejos un tiro seguido de un nutrido fuego.

— ¡Ah, Dios mio! exclamó el rey; ¿Qué sucede? Id á ver, señor Gilberto.

Era que habia tenido lugar una segunda carga contra otro grupo de mugeres.

El tiro aislado venia de un hombre del pueblo, y habia roto un brazo á Mr. Savonnieres, teniente de los guardias, en el momento en que se hallaba levantado para castigar á un jóven soldado que con los suyos y sin armas, protegía á una pobre muger que se hallaba de rodillas detrás de él.

El pueblo contestó, y dos guardias cayeron de sus caballos.

En aquel momento los gritos de ¡paso, paso! se oyen por el lado del arrabal de San Antonio, y llegan una porcion de hombres arrastrando tres piezas de artillería, que colocan frente á la verja.

Afortunadamente la lluvia caía á torrentes, y en vano aproximan la mecha, pues la pólvora empapada de agua, no puede arder.

Entónces una voz desliza por lo bajo estas palabras al oído de Gilberto.

— Mr. de Lafayette llega y está á una media legua de aquí.

Gilberto procura en vano conocer al que le da este aviso, pero venga de quien venga, ello es que el aviso es bueno.

Mira á su alrededor y vé un caballo sin ginete. Era de uno de los guardias que habia sido muerto.

Gilberto salta sobre él, y marcha á todo escape en direccion á París. El segundo caballo le seguia tambien; pero á los veinte pasos fué cogido por la brida.

Gilberto pensó que adivinando su intencion se le iba á perseguir, echó una mirada hácia atrás y continuó corriendo.

No se pensaba en semejante cosa. Se tenia hambre, y en lo que se pensaba era en comer.

El caballo fué degollado, y apenas habia muerto, cuando ya estaba hecho mil pedazos.

Así como á Gilberto, se habia anunciado tambien al rey la llegada de Lafayette.

El rey habia firmado á Monnier la aceptacion de los *derechos del hombre*, y á Luisa Chambry la órden para que viniesen los granos.

Con estos dos decretos que se creia debian calmar ios ánimos, partieron Maillard, Luisa Chambry y un millar de mugeres en direccion á París.

En las primeras casas del pueblo se encontraron á Lafayette, que avisado por Gilberto traía á la carrera á la guardia nacional.

— ¡Viva el rey! gritaron Maillard y las mugeres, levantando en alto los decretos.

— ¿Qué decis? ¿qué riesgos corre S. M.? preguntó Lafayette.

— Vamos á prisa, gritó Gilberto, y lo podreis ver por vos mismo.

Lafayette y la guardia nacional entraron en Versalles, á tambor batiente.

A los primeros redobles del tambor que se oyeron en Versalles el rey sintió que le tocaban respetuosamente el brazo. Volvió la cara y vió á Andrea.

— ¡Ah! ¿sois vos, señora de Charny? la dijo. ¿Qué hace la reina?

— Señor, la reina os suplica que marcheis y que no aguardéis á los parisienses. A la cabeza de los guardias y de un regimiento de Flandes se podrá arreglar todo.

— ¿Qué os parece, Mr. de Charny? preguntó el rey.

— Que está bien, señor, siempre que atraveséis la frontera, y si no...

— ¿Si no, qué?

— Será mejor quedarse.

El rey encó la cabeza y se quedó, no porque tuviese ánimo para quedarse, sino porque no tenia resolucion para marchar.

Y quedó murmurando:

— ¡Un rey fugitivo, un rey fugitivo!

Y volviéndose despues hácia Andrea la dijo:

— Decid á la reina que salga sola.

Andrea salió para cumplir su comision; pero cinco minutos despues entró la reina y se puso al lado del rey.

— ¿Qué venis á hacer aquí, señora preguntó Luis XVI.

— Morir con vos, señor, respondió la reina.

— ¡Ah! murmuró Charny, ¡qué hermosa parece ahora!

La reina lo oyó y se estremeció.

— Creo que me estará mejor morir que seguir viviendo, dijo la reina mirándole.

En este mismo momento se oía debajo de las ventanas del palacio el tambor de la guardia nacional.

Gilberto entró con precipitación.

— Señor, dijo al rey, V. M. no tiene nada que temer; Lafayette está abajo.

El rey no quería á Lafayette, pero se contentaba con no quererle.

Por el contrario, la reina le odiaba abiertamente y no ocultaba su odio.

De aquí resultó que la noticia que Gilberto creía que era la mejor que se podía dar en aquellas circunstancias, no obtuvo contestación ninguna.

Pero Gilberto no era hombre que se intimidase por el silencio real, y con voz resuelta se dirigió al rey y le preguntó:

— ¿Me ha oído V. M. que Mr. de Lafayette está abajo y espera vuestras órdenes?

La reina continuó sin decir palabra.

El rey hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y dijo:

— Que se le den las gracias y se le invite de mi parte que suba.

Un oficial salió á anunciar la orden del rey.

La reina dió tres pasos atrás como para marcharse; pero por un movimiento casi imperativo del rey se detuvo.

Los cortesanos se dividieron en dos grupos: Charny y Gilberto se pusieron detrás del rey.

Los demás se colocaron detrás de la reina. Se oyeron pasos y Lafayette se presentó en la puerta.

En medio del silencio que causó su vista, del grupo de la reina salieron estas voces:

— ¡Ahí está Cromwell!

Lafayette se sonrió y contestó:

— Cromwell no se presentó solo á Carlos I.

Luis XVI volvió sus ojos hácia aquellos terribles amigos que convertían en enemigo suyo al hombre que había volado á su socorro.

Después, dirigiéndose á Charny, le dijo:

— Conde, me quedo. Estando aquí Mr. de Lafayette, no tengo nada que temer. Mandad á las tropas que se retiren á Rambouillet. La guardia nacional dará el servicio del exterior del palacio, y los guardias de corps el interior.

Y volviéndose hácia Lafayette, le dijo:

— Venid, general; tengo que hablar con vos.

Y como Gilberto tratase de retirarse, añadió:

— No estareis de más, doctor; venid.

E indicando el camino á Lafayette y á Gilberto, entró en un gabinete, al que le siguieron los dos.

Cuando se cerró la puerta, dijo la reina:

— Hoy se podía huir: acaso mañana será ya tarde.

Y se marchó á su habitación.

Una llamarada como la de un gran fuego iluminaba los cristales de palacio, y la producía una gran hoguera, donde se estaban asando los trozos del caballo muerto.

## CAPITULO LI

La noche del 5 al 6.

La noche fué bastante tranquila. La Asamblea se mantuvo en sesión permanente hasta las tres de la madrugada.

A esta hora y antes de que los miembros de ella se separasen, envió dos de sus mujeres, que recorrieron todo Versalles, visitaron las cercanías del palacio y dieron vuelta á los jardines.

Todo estaba, ó parecía al menos estar tranquilo.

La reina había procurado salir á las doce de la noche por la verja de Trianon; pero la guardia nacional la había impedido el paso.